

lo que diga ó pueda decir. El matrimonio desembozado tiene su impudor por aquellos que no ven en él más que una série de placeres fáciles, sin que entre en ellos el verdadero amor, el amor inmenso. Semejante manera de ver no es por cierto la mía; yo no me habia casado con Felicia por conveniencia, ni por amistad, ni por galantería. La habia amado sencillamente, es decir, con todo mi sér; ideas, afecciones, simpatías físicas y todo cuanto fué mio, le habia pertenecido. No éramos en verdad demasiado jóvenes uno ni otro para no prever que los sentidos se extinguirían ante la estimacion y la ternura recíprocas. El amor, vivo aun para el recuerdo de purísimos goces, es la fe en el pasado que le hace imperecedero; pero quitad la fe y la estimacion, y vereis como no puede la ternura manifestarse santamente para el placer. Para tomar como querida agradable la esposa amancillada, es preciso abjurar del amor y reirse uno de sí mismo. Yo no podia en manera alguna ser complaciente hasta semejante extremo: ¡habia amado demasiado sinceramente!

¿Era pues imposible poder olvidar? Ella sí podia; es más, queria. Ella, se aborrecia tal vez á sí misma, pero creia poder repararlo todo; y, yo que no la habia odiado, yo que siempre habia creido en la posibilidad de la rehabilitacion, yo no podia alejar de mi vista la imágen de la adúltera, interponiéndose entre nosotros é impidiendo que nos confundiésemos uno en otro.

Entonces comenzó una lucha funesta. La desventurada queria recobrar su imperio; creyó, sin duda, que reanudada la tranquilidad de la dicha, entraria yo en la fase de la pereza intelectual, en la que no se tiene gran sed de lo ideal, y en la que recaemos con los hábitos de carácter que se tenian antes de entrever el bien supremo. Resultó, pues, más hábil y más paciente de lo que la hubiese creido capaz. Aparentaba respetar los estudios en los cuales fingia yo absorberme, para escon-

derle mis angustias. Hizose tímida, impresionable, coqueta, de modestia y de castidad, como en los días en que me prohibia yo participar de su amor; fué la humildad el arma con que me venció anteriormente, y creyendo vencerme todavía, no me dirigia lamento ni reproche alguno, y enjugaba á hurtadillas, las lágrimas que le arrancaba mi aparente preocupacion.

Conmovíame poco á poco aquella dulzura, y saludaba yo en mí mismo aquella emoción como la buena nueva.

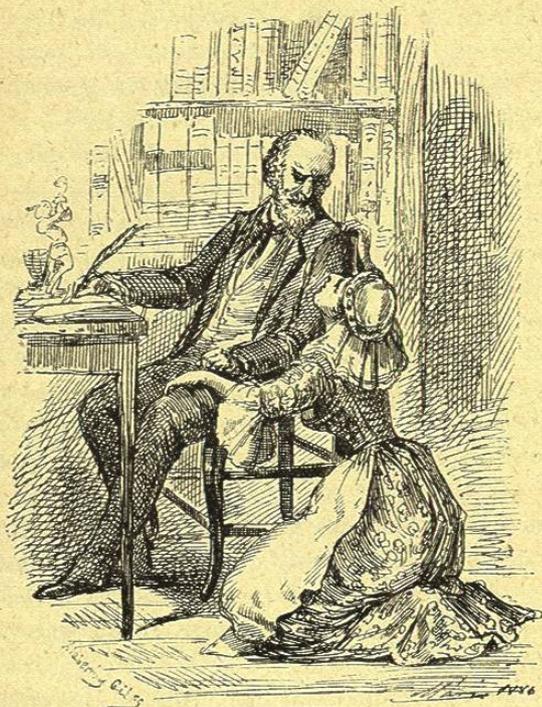
Es tal vez *la divina gracia* que desciende hasta mí, me decia á mí mismo. Podré tal vez olvidar el pasado; tal vez una mañana ó una tarde, brillará en las sombras de mi triste noche de desesperacion un rayo de luz. Volveré á ver aquella imágen adorada que no logro representarme jamás. Habrá vuelto ella á encontrar su nimbo, la pureza de sus líneas y la virginidad de su actitud. Habrá desaparecido para siempre M. Sylvestre; y Felicia Morgeron, la jóven bíblica, elegante y púdica, ostentando su jarra en la cabeza, volverá de la fuente y me dirá: "Bebe,," y olvidaré que su mano me escanció la copa del engaño.

¡Ah! el contemplarla así no fué más que un instante; ¡yo hubiera dado para ello el resto de mi vida! Hubo días en que estuve tentado de excavar mi corazón con mi cuchillo para arrancar de él el recuerdo, ese gusano roedor que me impedía esperar.

Llegó, por fin, el día fatal que pedía yo sinceramente al destino. Felicia habia ido á la iglesia, no para orar, puesto que no creia realmente en nada más allá de la vida, pero para meditar, ó recogerse tal vez, para ensayarse á creer. Yo estaba escribiendo, cuando entró ella muy compuesta, animada, verdaderamente bella y rejuvenecida. Fijéme un poco en ella, y entonces se arrodilló, y me dijo:

—¿Recordais un aire que yo improvisé por casualidad hace tres años, y que os pareció, vos me lo dijisteis luego, *revelar*,

proclamar é imponer el amor? Se me había olvidado, sin que hubiera podido volver á recordarlo. Acaba de venírseme á la memoria en la iglesia: ¿quereis oírle?



—¡No! dije yo vivamente, sin saber á punto fijo lo que me decía.

Arrepentíme luego de mi contestacion. Si ella no penetró el sentido, lo presintió al menos á su manera.

—No gustais de nada del pasado, me dijo abatida y como quebrantada; es culpa mia; yo os lo he dejado olvidar demasiado.

Yo nada olvido, temo encontrar mis recuerdos afeados y desnaturalizados; pero viendo que la había afligido, le rogué que despertara las adormecidas voces de su precioso violín. Escusóse ella diciendo que se lo pedía por complacencia, y que bastaría con tararear el aire á media voz para recordármelo.

Entonces, tarareó muy por lo bajo, casi á mi oído; y á pesar de que tenía muy poca voz y que cantaba muy raras veces, supo dar tal encanto y tanta emocion á su acento velado, que asomé una lágrima á mis ojos, al recuerdo de aquel aire, que había abierto, por así decirlo, mi corazón y mi espíritu al amor, la primera vez que se lo había oído. Recordaba yo las circunstancias en las cuales, aquellas voces mágicas se habían apoderado de mí; ví nuevamente el paisaje donde yo estaba á la sazón; la varonil y plácida fisonomía de Juan se me apareció sonriendo. Una brisa primaveral deslizóse por entre mis cabellos, y me sentí tan jóven como en el instante en el cual aquella vibracion magnética del violín de Tonino Monti había llenado el aire que yo respiraba. Creí en el milagro de que un hombre que ha sentido ya la transformacion miraculosa, no cree imposible la repeticion. Felicia estaba de rodillas cantando junto á mí; olvidéme del espectro, abracé á la mujer, creí poder esperar el amor.

Pero esto no fué sino una vision, el amor físico que hace sentir más odiosamente la ausencia del amor moral; el sueño fué espantoso, porque la engañosa embriaguez me arrancó sollozos, y Felicia acabó por fin de comprender que yo lo sabía todo.

Ella aparentaba experimentar una excitacion nerviosa, y me dejó solo sin interrogarme; yo estaba harto turbado, porque adivinaba su descubrimiento; estaba seguro de no haber sol-

tado una palabra que vendiera mi desesperacion; yo estaba quebrantado, pero no habia sido débil. Yo no habia insultado por cierto á la mujer que me habia anonadado.

—¿Quién sabe, me decia á mí mismo, si aquella revolucion de mi conciencia no será la última? El amor tiene el don de los milagros; ¿no podrá tal vez acallar el espíritu?

Pero, entonces, yo me imaginaba á Felicia saboreando en brazos de su amante la embriaguez que ella venia á probar en los míos, y diciéndose lo que yo no podia decirme jamás: "El placer es el todo del amor, es superior á todo; la conciencia nada significa comparada con él.", Ella habia vivido alimentada por esta blasfemia, é iba á seguir viviendo de lo mismo, puesto que traicionaba el recuerdo del amante sin el menor escrúpulo, pidiendo al esposo la misma embriaguez, salvo el comparar luego la superioridad de los vinos y cuál es el que provoca mejor el ateismo del corazon, último recurso de una conciencia extraviada y de un instinto pervertido.

Debo esforzarme en excusarla, porque sentia que se me hacia, no odiosa, porque el odio no deja de ser amor tambien, pero sí extraña, bajo cierto aspecto.

Aquella mujer no era ya mia por la carne. Su belleza nada me decia. Si hubiese yo tenido el derecho de buscarle otro marido, se lo hubiera escogido con la misma bondad y solicitud que lo hubiera hecho por cualquier otra parienta, aunque fuese ésta una hija mia, sin concebir los más remotos celos. El amor que acababa de obtener de mí me parecia un extravío brutal del que debia avergonzarme, irritado contra mí mismo. Si hubiese yo estado dominado por instintos violentos é impetuosos, hubiera debido acabar forzosamente estrangulándola despues de la crisis.

¡Era pues un paroxismo de ferocidad; era un asesinato que me conducia á la tentativa de un perdon completo! El asesinato revolvía todo mi sér, y entonces me sentia desfallecido;

pero desde luego una terrible reaccion me hizo volver la cólera contra mí mismo. Desgarraba mi pecho con mis uñas, tenia necesidad de odiar y torturar á álguien, detestándome y tomándome á mí mismo por víctima. Cuando me ví lleno de mi propia sangre, sentí como un esparcimiento extraño, como debe serlo el de un animal carnívoro satisfecho y aun harto. Fué ello una gran acusacion por mí. El hombre más pacífico y civilizado puede tener momentos de furor felino, durante los cuales no se pertenece á sí mismo, y en los cuales es capaz de obrar sin la menor conciencia de sus actos. Viendo el mal físico que me habia causado sin sentirlo, tuve miedo de mí como de un enemigo más fuerte que yo. ¿Resultaba, pues, capaz, en un momento dado, de sucumbir á aquella demencia, y de ejercerla aun contra otro? ¿Y contra quién habia de caer sino contra la desgraciada que provocaba los instintos de tigre?

Pensé en huir; era éste el más torpe de los paliativos. Interroguéme pues severamente. Mi lealtad interior respondiome: "No hay peligro, no hay cólera, no hay venganza probable para aquel que no logra imponer silencio á una conciencia clara y timorata como la tuya; ¡pero desgraciado de tí, si intentas beber el agua de fuego que embriaga á tu mujer! Semejante brebaje no puede asimilarse en manera alguna á un temperamento sano y robusto como el tuyo. Las personas de buen temple no pueden soportar las excitaciones ficticias. Tú has querido vencer en tí mismo á la naturaleza. La naturaleza que no se ha dejado falsear por el mal es un santuario de lógica. Aborrece el sofisma y rechaza los alimentos envenenados, aun cuando vayan envueltos en aceite y miel. Te has engañado por exceso de benevolencia. Has querido ser más dulce que Dios mismo, quien, segun tú, no castiga jamás. En

este caso, no has comprendido la profundidad y belleza de las leyes por él instituidas y que no quebranta jamás. Estas leyes ponen el castigo inmediato al daño que el hombre se causa á sí mismo. Tú te has desgarrado el pecho, y tu sangre se derrama. Tú has pretendido beber la santa voluptuosidad en un vaso amancillado; el dolor se ha apoderado de tí. Has creído que la compasion podia devolverte el amor, y se ha manifestado el odio. ¡Abre los ojos y humíllate, discípulo tan inesperto como ambicioso del ideal! El ideal no es una verdad sino con la condicion de permauecer en la línea de la naturaleza. El amor entre la humanidad, es igualmente un ideal. Es la aspiracion y la asimilacion de dos séres distintos en un acto de fe comun. Reducido al placer de los sentidos, deja de ser amor. Es el apetito que engendra el olvido y la laxitud, como la aversion, con el abuso; porque la naturaleza es sapientísima y lógica en sus funciones materiales como en sus funciones intelectuales. *No juguéis con el amor*, es una gran frase cuyo sentido va mucho más allá de lo que parece indicar. Puesto que no amenaza solamente abrasar cuanto se le acerca sin 'desconfianza, sino que condena á ser devorado cuanto se agita, ignorando que es indispensable la fe para afrontar el fuego sacro. Apetitos brutales, los enerva; ciego entusiasmo, lo extasia; amistad sin discernimiento, lo rompe. Quiere ser á la vez placer, veneracion y ternura, para vivificar y fortalecer las almas y los cuerpos; pero no renace jamás de sus cenizas. Quien le deja extinguir no puede ya reanimarle. Si tú vivieras en el corazon de la mujer adúltera, verias que no ama al marido ni al amante, y que aunando sus esfuerzos para amarse á sí misma resultarán impotentes é infructuosos siempre. Ella no puede pues comprender el amor. Ni el amor se le presentará jamás sino al través del sufrimiento, del deseo ó del miedo del castigo. Sus ojos se sumergirán en los tuyos buscando en vano la voluptuosidad; y leyendo siempre en ellos su sentencia de muerte y el despre-

cio á que es acreedora y que no le puedes evitar en modo alguno. Aquella mujer resulta castigada por tí á pesar tuyo. Esta es la ley que tú estás obligado, como ella, á sufrir en relacion equitativa. Tú adivinaste aquello, desde el primer dia, decretaste que no la castigarias; era esto que sentias perfectamente que estaba ya castigada con su accion. Has cumplido con tu deber; ¿por qué querias pasar por encima de él anulándolo por conveniencia? ¿Por qué querias transformar el perdón en recompensa, y vencer en tí el disgusto, esta consecuencia verdadera y fuerte, que nace, como nace el deseo legítimo, en las elevadas regiones de la equidad natural? Sea; el despego no es á la verdad una simple debilidad física que uno puede superar voluntariamente; es el profundo reposo que exige el sér despues de las luchas supremas. No es tampoco un agotamiento de la caridad; es algo de la vana sensibilidad que cierta negligencia conserva en nosotros. Es una protesta que nuestra dignidad nos impone sopena de su abandono.,

Sucumbí pues á la expresion de aquella voz que estaba hablando en mí y de mí, en mí mismo. Era el verdadero *yo* humano, completo y seguro de sí, que reclamaba sus derechos á la vida normal.

—¡Oh! no, no, pensé yo; esto no es una preocupacion, no es una tiranía de querer ser amado exclusivamente cuando uno se ha amado verdaderamente á sí mismo, y cuando nada excusa ni siquiera motiva la traicion. ¡Alguien ha envilecido mi amor; alguien le ha condenado en parte!...

¡Por qué Felicia habia mentido á su amante! Habia ella vuelto á mí más de una vez durante sus amores con él, y me habia conducido, vendado de ojos, á un templo de impurezas en el cual habia yo creído poner las manos en el altar de la

castidad conyugal. ¿Debia perdonar este engaño? No, puesto que no debia olvidarlo. Y además, no podia tampoco, á pesar de los esfuerzos de abnegacion en los cuales mi razon no habia podido quebrantarse, porque la naturaleza no habia querido. Dios no podia hacer el milagro que yo le habia pedido, porque Dios no comete jamás insensateces.

XLII

VOLVÍ á encontrár la calma; volví á comer en compañía de mi mujer. Hablábale yo con una dulzura mucho mayor aun que de costumbre. Ella me habia creído enfermo, decia, y habia estado intranquila por ello. ¿Podia yo esplicarle las lágrimas y suspiros que se me habian escapado en sus brazos? No podia por cierto, sin mentir. Yo no queria mentir por más tiempo; no queria hablar más. ¿No podíamos, pues, entendernos sin entrar en explicaciones odiosas?

—Estad segura, le decia, que si tengo yo algun grave pesar, lo cual es siempre posible en la vida de quien quiera que sea, me haré superior á él para que no os sea insoportable. Os pido únicamente que os abstengais de interrogarme cuando me veais sufrir, sin temer nunca nada de parte mia. Vivid así todo lo feliz que os sea posible, sin mirarme jamás con ese aire espantado que me ofende. Si vos teneis, por vuestra parte, algun pesar secreto, no lo enveneneis con temores inútiles. Yo quedo encargado de velar por vuestra reputacion, por vuestra seguridad y vuestra independenciam. Ninguna catástrofe ni lucha alguna os amenazan actualmente. En lo sucesivo no tendré más que una preocupacion, y es ésta: el restablecimiento definitivo de vues-